

á g o r a

MATIAS GOTOR - FELIX URABAYEN - ELEAZAR HUERTA
P. PEREZ CLOTET - RAFAEL DE URBANO - AGUSTIN SAN-
DOVAL - T. SERAL Y CASAS - R. OLIVARES FIGUEROA
JOSE S. SERNA - L. BALLESTEROS JAIME - MARUJA FALENA
E. AZCOAGA - JUAN ALCAIDE - J. SANCHEZ TRINCADO

Existe en Albacete una relevante tradición en la edición de publicaciones periódicas. Ya en el siglo XIX se publicaron buenas revistas literarias como *La Pasionaria* (1849), *El Alba* (1861), *El Liceo* (1871), *La Revista* (1898) o *Juventud Literaria* (1899). También durante el primer tercio se editaron algunas revistas de esta clase, algunas con títulos tan llamativos como *La Flecha* o *La Colilla*, ambas de 1901. Se pueden recordar algunas revistas más, como *Albacete literario y artístico* (1923), *Centauro* (1924) o *Bellas Artes* (1926).

Pero las más importantes, sin duda, se editaron durante la Segunda República: *Agora*, *Horizontes* y *Altozano*.

Agora, cuyo primer número se edita ahora en facsímil, nació en el invierno de 1934 y fue editada por un grupo de entusiastas autores albaceteños, entre los que hay que recordar como verdadero artífice a José S. Serna. La revista fue un lugar de encuentro de intelectuales regionales y nacionales, con una edición y presentación intensa, aunque de vida breve, truncada como tantas otras aventuras culturales con el desenlace de la Guerra Civil.

La Universidad de Castilla-La Mancha desea recordar, con este facsímil a toda una generación literaria en un momento importante para su historia: la inauguración del magno edificio del Paraninfo y Biblioteca, un elemento más del ágora que ya es el *Campus* de Albacete.

Luis Arroyo
Rector

Albacete, Mayo de 1993.

á g o r a

albacete

invierno 1934

1

B I O G R Á

1993

1993

1993

ODA A LAS MADRES JÓVENES

La vida en su plenitud
en vosotras, carne fuerte.
Madres llenas de juventud
triunfando sobre la muerte.

Rotundos senos. Sensación
completa de vitalidad.
No manoseemos vuestro corazón;
hablemos de fecundidad.

De las caderas ensanchadas
desde el supremo instante de la vida,
y de esas ojeras moradas
y de esa pujanza de que estáis ungidas,

y de ese gesto de triunfo impertinente
que tienes, madre joven, magnífico y sensual,
y de tu boca fresca y ardiente,
y de tu vientre maternal,

y de tus ojos, de tu altiva mirada,
del orgullo que mana de todo tu ser,
de tu sangre joven derramada
y de tu triunfo de mujer.

Y a no manchar con sensiblerías
tu maternidad;
las sensiblerías y las tonterías,
los madrigales y las monerías
fueron para tu doncellez y serán para tu ancianidad.

Ahora, no; sólo importa el triunfo de tu carne fuerte,
tus senos, tus caderas, tu juventud
y tu plenitud.

Tu vida y la que das.

Tu suerte
de ser joven y madre, y nada más.

MATÍAS GOTOR

UN PUEBLO Y UN MILAGRO

Para llegar a este cristiano yermo que se llama La Guardia hay que aventurarse por tierras de la Mancha Alta, empresa un poco descabellada, sobre todo si la acometéis en pleno verano. Y no porque sea hostil el paisaje, que está pidiendo un templo a la diosa eterna de los surcos romanos y de la gleba castellana. Cruzaréis Mora, la de gran valía, la que arrastra varios kilómetros en torno a una cabellera ondeada de olivos celtíberos que tienen un gesto pagano de hartura en sus copas; esos olivos morachos, rígidos, firmes, disciplinados como ejército aprestado a la conquista de los predios fronterizos. Y una vez en Mora, comienza la altiplanicie de Tembleque, ictérica y enfebrecida bajo el violento ajetreo de la trilla. Por Tembleque pasó Théophile Gautier; pero su retina sólo atenazó la visión de unas ligas estupendas y de un grotesco Quasimodo, que nos describe con su habitual tono fruslero. Sin duda que Tembleque no es Chamonix; pero sobre su piel reseca por el trigo hay florecillas curiosas y retazos de opulencias pretéritas. La iglesia, por ejemplo, tiene un retablo magnífico, obra de algunos discípulos de Borgoña o Berruguete; no nos decidimos a resbalar por el precipicio de las afirmaciones.

Más aún que la iglesia nos gusta la plaza. Castilla es la tierra de los ejidos espléndidos; los de los porches rancios, solemnes, ahitos de dulce sosiego; los de los balcones saledizos, hechos para saborear zambras, torneos o capeas lugareñas; los de los herrajes retorcidos, clásicamente trabajados, como un bostezo retórico de Calderón de la Barca. El de

Tembleque es un ejido tipo, desde el tuétano originario de su traza medieval hasta el remendado pellejo de las viviendas limítrofes. Marco grave de gorgueras y corpiños, que aun relegado al presente a acoger y cohonestar festeos de gañanía, todavía guarda hedores de ropilla vellosa, de esbirros del Santo Oficio, de carnes cristianamente achicharradas. Olor inconfundible a historia castellana, épica y pedernalina, ciega y horra de ciencia como toda fe.

Por en medio de ésta plaza cruza una carretera que, luego de rendir pleitesía al zaguán de la iglesia, busca la Mancha camino de Sevilla. Arteria hidalga, de muchos pícaros y pocos santos. Antaño era la vereda única que llevaba a Andalucía; el camino tan trillado por el bachiller Trapaza, y no digamos por su ejemplar Beatriz, la simpática Garduña. Al trote largo de sus polvorientos lomos bajaron Rinconete y Cortadillo «ambos de muy buena traza, pero muy descosidos, rotos y maltrechos», a enverdecer sus hazañas en tierras menos friolentas que las prietas de la Mancha. Por ella marchó Guzmán en uno de los escasos paréntesis en que no se sentía dogmático ni cuatrero, y Marcos de Obregón, el escudero docto, pelmazo de moralina, que de haber nacido hogaño fuera de fijo ensayista, y el Donado Hablador, y Gil Blas, con todas las demás frescas y pulidas flores de la jacarandaina...

Y no espiguemos en nuestro siglo, donde la cosecha de pícaros, vayan o no a Andalucía, produce el ciento por uno. Pero ya se ve La Guardia. Es aquel pueblecito que se acuesta en una ladera cercada de trigales, con dos molinos de viento guardando la entrada y un calor de horno que envía sus vaharadas ardientes hasta el camino, como un piadoso avance entrenador. Hemos penetrado en las tierras bíblicas, que tanto hicieran anhelar a los israelitas el prometido edén, repleto de fontanares. El ambiente que rodea a tan noble lugar es duro, seco, austero y recocado. Ni la gloria de las espigas doradas, ni la albura inocente de los encalados molinos, ni el zumbido glotón de los insectos, que borrachos de sol bordonean sobre los secos fangales, alivian ésta pesadilla calenturienta, de infinita sequía. Tierra fecunda de secano, matriz de cereales recios, de mieses ahogadas que jamás vieron un regato, ni sa-

ben la húmeda trova de la nieve hecha amor. La Guardia tiene todo el perfil espiritual de un medallón romano...

Dentro del pueblo sigue triunfando la sed. Hay algunas casas grandes, de portalón labrado, alineadas a ambos lados de la carretera. En una de ellas nos acogen en el patio, comfortable, fresco y umbrátil bajo el toldo blanco que tamiza la luz. Junto a la parra rumian su pereza muchos tiestos con flores, que festonean también el pozo de brocal labrado. Estas gentes, hidalgas y hospitalarias, nos regalan con un vinillo alegre que hace olvidar los arroyos norteños y nos torna bondadosos y devotos de La Guardia para el resto de nuestra vida. A la salida, el paisaje se hunde y desaparece. ¿Será el vinillo traidor? Pero no; no es espejismo. Es que el pueblo, por este lado, queda casi cortado a pico. Lo que al entrar en la villa nos pareció altísima ladera es una cumbre afilada, a manera de cuña, que concluye en la pequeña meseta del cementerio. En el hondón que circunda a La Guardia se asienta un enorme anfiteatro de montañas calcáreas en forma de hinchados cilindros puestos en pie y afofados por algún cataclismo geológico. Estos hitos cierran el valle como un gigantesco dique circular puesto para contener los desbordamientos del mar de trigo.

Pero lo maravilloso de esta cuña que nos soporta, intentando rasgar el paisaje, es que está casi hueca. Todo el monte aparece arañado por senderitos tortuosos que van a desembocar en las anchas bocas de los «silos», especie de viviendas de un sabor tan primitivo que nos retraen, por su consoladora pureza, a la dichosa edad y siglos dichosos en que no había prensa católica ni ateneos reformistas. Cada «silo» es un lindo poema de Teócrito que podemos releer en su desnudez original. Las habitaciones—que nunca llegan a cuatro—están hurtadas a la entraña de la tierra. De puerta oficia un tapiz corcusido con telas de saco. El recibidor, diminuto, atesora como un féretro egipcio las más preciadas joyas del ajuar casero: la cómoda, con su tapete rameado; las efigies familiares colgando de la pared, el pañizuelo de randa bordado en la escuela, el espejo y la concha de un caracol. La alcoba es tan menguada, que el lecho rasca las paredes por los cuatro costados, y en

tan reducido espacio se ama, se sufre, se nace y se muere...

Una inquietud nos asalta. Cuando estas familias tengan cinco o seis eríos, ¿cómo evitar la promiscuidad, el triste despertar del sexo en estos espacios carentes de aire y de luz? Sólo el hecho de vivir aquí demuestra la bondad infinita de estas gentes, que no se rebelan y hasta parecen alegres y dichosas. Afirman—y quizá sea cierto—que se vive mucho mejor que en Madrid. En invierno, no penetran las heladas; dentro del «silo», incluso hace calor. En verano, mientras el sol tuesta y fríe los pedruscos y los cráneos, aquí, en lo hondo de la alcoba, se goza de una temperatura de cámara frigorífica o de tumba clásica. Por lo visto, si la humanidad viviera bajo tierra, no se enteraría de los cambios de clima. El «silo» a todo pasto; nueva panacea para enfermos de sensibilidad agudizada. De donde resulta que La Guardia sería una residencia ideal para intelectuales y para otros que no lo son pero a quienes no vendría mal una temporadilla a la sombra. Por nuestra parte, haríamos el sacrificio de vivir en cualquier palacio de la Castellana. Aun reconociendo que no son tan confortables como estos «silos», sabríamos resignarnos con el estoicismo de un abnegado banquero o un ascético ex ministro. Aunque luego nos acorralaran en Madrid con sus donaires, esos temidos troveros que también poseen su correspondiente «silo» en la Gran Vía. En España, los veinte millones de ciudadanos somos así; temperamento de mártir y espíritu de sacrificio, ante todo y sobre todo...

* * *

Por un sendero indeciso que serpentea entre las faldas del cerro, descendemos de los «silos». Todas las bocas de estas viviendas cavernarias segregan su hilillo, a manera de baba, que se remansa en las pequeñas placetas o se enreda en cruces y divorcios rápidos, entorpeciendo los montones de esparto que yacen al socaire de la cueva. Siempre cuesta abajo, logramos dar con nuestros buenos cincuenta kilos en la carretera, remozada por la mano primorriverista de los firmes especiales. Y enfilando a la derecha, igual que el hermano Sancho, ya

que vamos a tropezar con la Iglesia, emprendemos la ascensión por un caminito polvoriento al que llaman «el Calvario». La ermita se halla en una peña situada en lo alto de un trozo de sierra suave y gris como la greda. Cinco mojones hechos en piedra tosca por manos troglodíticas, evocan los cinco misterios dolorosos para los penitentes que gustan de subir rezando el rosario. Nosotros, que no somos pecadores, nos dispensamos de aderezar el esfuerzo de la cuesta con el azúcar místico del padrenuestro a marchas forzadas.

Un sol de justicia nos descubre la intimidad completa de esta tierra recocida, amarga y calva como el cráneo de un académico. Es un paisaje magnífico en su sequedad, en su aspereza, en su desolación de infinita aridez. Sólo en la hondura, en el corto mar de trigales, donde la vida se agita con infantil inquietud, se respira un saludable aroma de verdadera tierra. Y junto a la alegría de este pedazo de luz caído al fondo del paisaje como un regalo celeste, se apiña todo el dinamismo capaz de cobijarse bajo estos terrones gredosos, bíblicamente desolados; dos casas blanquizas; un pozo; huertos, cauces secos de torrentes agotados. Unos montes redondos que la greda amarillea, parecen enormes quesos manchegos puestos a secar. Luego la sierra empieza a cerrarse y a la desolación gredosa y roquera, suceden los matojos sin llegar a ser jara; pero con el discreto empuje de la hiedra que cubriese unas mejillas demasiado viejas...

Los restos que sobreviven del antiguo convento, son humildes como la gruta. Bodegas y cocinas son las estancias más holgadas y apacibles. Se comprende que los frailes pararan aquí poco. Aun mirando estas ruinas con ojos anticlericales, hay que reconocer que están muy lejos de las suntuosidades babilónicas y jesuíticas; más bien recuerdan las primitivas guaridas del ermitaño clásico. Desde la explanada que sirve de atrio al santuario, se saborea toda la tristeza infinita de la roca pelada. El valle entero es un Getsemaní espiritual, que obliga a apurar el cáliz del desaliento al ánimo más optimista. La mirada se hunde en busca de los matojos y los canchales de verde que reposan abajo; pero una muralla de estéril greda las aprisiona entre sus fronteras secas, pre-

cisas y eternas. Tanta pesadumbre geográfica; tanta angustia geológica no podía menos que engendrar leyendas terribles de crueldad sangrienta. Y las engendró. En esta cueva fué descuartizado y crucificado el Santo Niño de La Guardia.

Por cierto que el Santo Niño no era de La Guardia, sino de Toledo, según unos, o de Val de Santo Domingo, según otros. No faltan eruditos escépticos que afirman sencillamente que el tal niño no ha existido nunca: mas no tema el lector místico que nuestro buceo histórico se apoye en tan revolucionarios andamiajes. Nuestra bibliografía favorita procede directamente de la Iglesia, cuando no se remonta a la Inquisición. A neos, no nos ganan ni los colaboradores de «A B C». En todo caso, este paisaje y esta cueva explican mejor que todas las leyendas, la sangrante ocurrencia que sirvió de pretexto legal a los Reyes Católicos para expulsar a los judíos. En la gruta, a un lado del altar, está representado el martirio en un cuadro de Berruguete. La pintura tiene un detalle enternecedor que demuestra la cristiana mansedumbre del celtíbero. Todas las figuras de judíos, tienen los ojos taladrados con un punzón. Este alarde fanático que echa a perder el brío de la vieja tabla, debió de hacerse con la intención de serle grato al Rabí que mandaba poner la otra mejilla...

Creemos haber dicho ya que todos los materiales utilizados en estas estampas, son cemento religioso de primera calidad. Hoy le ha tocado la china a un buen fraile jerónimo, capaz por su ingenuidad neolítica de hacer blasfemar a Apolo. Veamos cómo interpreta este cincelador literario, el panorama bíblico de La Guardia.

«El paisaje—dice—es exactamente el mismo que el de Palestina.» Nosotros no conocemos ni de vista la Palestina, aunque solemos leer «El Debate»; pero si a un paisaje así, le llamaron los israelitas «tierra de promisión» se acreditaron de estupendos humoristas.

Para aderezarlo de judaísmo, el bendito jerónimo asegura que el torrente casi seco que desde aquí se divisa, se llama el torrente Cedrón. La santera, por su parte, afirma que en La Guardia se le llamó siempre el arroyo Escorchón. Desde luego, por este procedimiento es muy fácil

hebraizar los pueblos comarcanos. Así, Yepes «quiere decir Jope de las tribus de Dan. Novés, nova ciudad de donde salió Gedeón. Maqueda, es Maceda, lugar en que Josué encerró los cinco reyes que había vencido. La Guardia, Samaná, entre Judea y Galilea que quiere decir, Guardia «Yansi»; tiene esta villa de La Guardia a una parte a Tembleque y a la otra el Romeral y todos tres son nombres hebreos, pues Tembleque en el nombre, responde a Bethelém. Y si bien se mira este nombre, quitadas las vocales, y dexadas las letras consonantes que llaman los hebreos radicales, Tembleque es el mismo Bethelém porque en entrambos nombres las letras radicales son b. t. l. m. y siendo unas mismas letras radicales, poco importa estar trastocadas.»

No contento con hebraizar el paisaje, el lingüístico reverendo se remanga los hábitos eruditos y su fantasía no para hasta Toledo. Y a la Alcana—citada por Cervantes en el Quijote—le dá también lo suyo. «Alcana viene de Ana, madre de Samuel. Significa en hebreo negociación como es la calle de Toledo que está a las espaldas de Santa Justa, llena de joyeros y especieros.»

¿Habría leído este libro Cervantes—pues que se editó en 1583 y la primera parte del Quijote es de 1605? ¿Sería una broma lo del prudentísimo Cide Hamete? Del formidable ingenio de Cervantes todo puede esperarse...

Ahora bien; como nuestro bondadoso jerónimo sabe muy bien que el español se sonríe de la erudición, más o menos científica, de vez en cuando echa mano de la religión para convencernos. Los celtíberos somos así. Cuando carecemos de razones, sacamos el Cristo. Así, en un momento en que el historiador se ve apurado, remata sus acrobacias con este excelente párrafo: «Se parece a Jerusalén este paisaje por la revelación que tuvo nuestro V. P. M. Fray Simón de Roxas».

Bueno. Si lo dijo el P. Rojas, que a lo mejor era hermano de aquel Alcalde de Talavera que escribió la Celestina, nos damos por convencidos. La Guardia es Palestina y el hermoso libro de este fraile jerónimo, un dato elocuentísimo que prueba cómo en España no pudieron cuajar esas malas hierbas que se llamaron Reforma, Humanismo y Renacimiento.

Desde luego que no es éste el único historiador del Santo Niño. Hemos consultado varios—ortodoxos todos—y no se ponen de acuerdo, ni en el nombre. Unos le llaman Juan, otros Inocente y alguno, Cristóbal. Recordemos que eran frailes y buscaban la verdad.

«Sus padres—dice Rodrigo de Yepes—fueron un Pasamonte oriundo de Aragón y Juana la Guindera de ilustre familia.» Permítanos una leve acotación el bondadoso Reverendo. ¿Ilustres un Pasamonte y una Guindera? ¿Con estos apellidos que nadie negará tienen un marcado regusto a celda de Ocaña?

Menos mal que todos concuerdan en un detalle. Los padres, eran celosísimos de la educación del Niño, pero el caso es que el vecino de La Guardia, Juan Franco, se le pudo llevar tranquilamente. Engañándole, naturalmente, que para eso se llamaba Inocencio o Juan o Cristóbal. Se encierran en esta cueva que acabamos de ver y empieza el drama. Judíos de Quintanar, de Tembleque y de La Guardia, simulan todo el proceso de Jesús. Seguir paso a paso la tragedia hasta que matan al niño es algo tan folletinesco que aterra. Es una mezcla de crueldad y de fanatismo; un asesinato en frío que parece inventado por la fantasía sádica de un pueblo oprimido. Nos resistimos a creer que los judíos—excelentes comerciantes de la Edad Media—perpetraran un novelón que haría desvanecerse al propio Rocambole.

Todos los protagonistas de este crimen, Juan Franco, Juan de Ocaña, Benito García de la Mesura, etc., son gentes humildes; conversos de escaleras abajo. Sólo hay una figura de cierto relieve, Hernando de Rivera, Contador de Tembleque, que adjudicándose el papel de Poncio, mandó crucificar al Niño.

El crimen se descubrió gracias a Benito García de la Mesura, un distinguido epiléptico que, habiendo entrado a rezar a la Catedral de Avila cuando iba a llevar una hostia consagrada a la Aljama de Zamora, se sintió charlatán, y un soplón diligente fué con el cuento a la Santa Inquisición. Y en la cárcel dieron con sus huesos todos los protagonistas y parte del coro del sangriento drama de La Guardia.

«Estuvieron todos en la cárcel de Avila sin querer confesar por ninguno de los medios que con ellos se tomaron.»

Bueno; pues aquí empiezan los milagros. Lo que no consiguieron razones y verdugos, lo logró de una manera sencilla otro bendito fraile.

«Bastó que los inquisidores les pusieran delante de Benito García de Mensuras para que confesaran cumplidamente lo que pasaba.»

Entonces; si Mensuras fué el primer detenido ¿cómo no se le ocurrió antes a la Santa Inquisición enfrontarlos con él? ¿Es que el tormento era una dulce propina que se regalaba al coro judío?

Si los preliminares de éste proceso no aparecen muy claros, las pruebas decisivas son aún más tenues. «En La Guardia—dice Fray Diego de Yepes—se mostró el lugar de la sepultura vacío, sin el cuerpo. Aquí los paños en que iba puesto el corazón, sin él. Fué en esto semejante al misterio de la Resurrección cuando el Angel dijo a las mujeres: «Resucitado há; no está aquí».

Procuremos no indignarnos. Nunca segundas partes fueron buenas y esta mala copia del divino drama del Calvario, es tan grotesca como trágica. Siquiera los griegos sabían inventar; ahí está Fedra. Pero en nuestra leyenda falta hasta la cultura clásica.

Otro detalle extraño salta a la vista. Se condena a todos y se salva a Hernando de Rivera, que hizo de Poncio, ¿por qué? ¿Porque se lavó las manos? ¿Porque era Contador? Nada hay claro en el proceso. Con decir que el martirio del Santo Niño fué en 1491 y los primeros testimonios de los historiadores son de 1597 creemos haber dicho bastante. Sin embargo, los Reyes Católicos y el Cardenal Mendoza, se basan en este proceso para decretar la expulsión de los judíos. Verdad es que el aprovechado matrimonio le había quitado un trono a la Beltraneja...

Es indudable que cualquiera que sienta un poco de amor por la justicia tiene que defender a los judíos españoles. Claro que los vascos somos en este pleito un poco sospechosos: vascones y judíos se parecen un poco más de la cuenta; los dos son raza vieja, ambos son excelentes comerciantes, prudentemente tacaños y regularmente embusteros. Ambos tienen la nariz en forma de cartabón, y el vasco que sale chato hace rugir a Baroja. Y con razón...

Aunque la santera nos invita a visitar de nuevo la cueva, preferi-

mos reposar en la explanada, contemplando el viejo solar de la santa leyenda. La ruina del paisaje desde esta silenciosa terraza nos despierta un apetito salvaje, semejante al que debieron sentir los hombres de las cavernas.

Hambre de ruido, de movimiento, de vida. Por el cielo cruza el avión correo que va a Sevilla. Acaso los pasajeros por ir tan altos, vean este rincón como una estampita gris de fragancia bíblica; como la veían los benditos frailes del siglo XIV. Nuestros ojos, menos modernos o más miopes, sólo saborean el pesimismo; la desnuda tristeza de este primitivismo que al rascacielos contesta con el «silo»; al avión con la carreta homérica, a la rotativa con el pergamino en romance, donde se narra una leyenda trágica. El siglo XX nos ha traído, es verdad, muchas cosas: la colmena mecánica, la célula de cemento con vigas de hierro para albergar millares de seres humanos; las standardizaciones colosales que se sonríen de las fronteras; las sábanas impresas donde uno no se entera de nada, donde el arte se reduce al elogio de la patada o del puñetazo y la literatura, al embrutecimiento técnico de nuestra señora la Masa. Todo esto es progreso, sin duda. Pero a nuestra espalda quedan los «silos» amables en donde una vela de sebo, un hatillo de esparto y un bodrio por alimento material y espiritual, nos recuerdan la supervivencia de la época cuaternaria.

* * *

Sentados a la puerta de un «silo» observando las bocazas cavernarias de estas originales viviendas, que no necesitan ventiladores, ni calefacción central, sorprendemos un curioso panorama. Mientras en el interior de la montaña trajinan incesantes las hormigas humanas, afuera el silencio campestre da una impresión de soledad infinita y eterna. Toda la vida se ha refugiado en la entraña de la tierra, horadándola y haciéndola palpitar de inquietudes y de afanes ciudadanos. Corros de mujeres tejen el cáñamo y el esparto entre comadreo y denuestos a la prole canija. Cloquean las gallinas con la algarabía agresiva de una

tertulia bohemia en plena discusión. Coro general de asnos y perros, de mamoncillos llorones y de moscas zumbadoras; la puerta de un «silo» no tiene nada que envidiar al arca de Noé en plena ruta.

Fuera, en el sosiego campestre, no se oye el rumor de las aves del cielo, ni el jadeo de la trilla en el inquieto mar de los trigales. En todo el anfiteatro rocoso, silencio y reposo santos. Los «silos», abajo; arriba, el cementerio. Sobre la cima más alta se yergue la ermita del Santo Niño de La Guardia, con su pintoresca tradición. ¡Tierra de santas leyendas! ¿Quién dijo aquello de que cada día trae su afán? El hombre es un animal rutinario, aunque no sea académico, aunque no tenga instintos rurales. En este retiro, maravillosamente castellano, silente como una esfinge, amarillo y vetusto como una estampa bíblica, sin más ideario en las conciencias dormidas que la esperanza providencial en una cosecha lejana, se revela mejor lo ficticio de nuestros avances y progreso. Por cada fábrica que en Sabadell manufacture varios kilómetros de algodón a la hora, hay aquí cien manos de mujer que trabajan el esparto a la velocidad de dos cuartas por día. Para cada tractor agrícola que entre en las dehesas de cultivo, hay veinte pares de mulas uncidas a los arados romanos. Por cada rascacielos que se levante en Madrid, hay aquí una docena de «silos» dispuestos a cantar un himno a la civilización y a la igualdad. No; no tenemos derecho a alardear de progresos, mientras rueden por los campos estas carretas de trilla tan gratas a Homero; mientras haya mujeres que tejan esparto a la luz de un candil, frente a un paisaje calcáreo; mientras existan leyendas como la del Santo Niño; mientras quede un «silo» capaz de hacer la felicidad de tanto hermano nuestro...

FÉLIX URABAYEN

LA MANCHA

I

Tus soles y tus lunas y tus vientos
y tus aéreos palacios de ilusión,
y el girar de tus altos firmamentos
y un fuerte y torreado corazón.

Y castellana dél y de los llanos
la blanca Dulcinea del Toboso,
en un trono de inviernos y veranos,
por sobre el claro día victorioso.

Y un manto de lagunas tachonado
con Ruideras azules y redondas,
entre las rubias mieses dibujado,
en soledad de villas y de frondas.

Allá un pueblo, birlocha de solana,
que en el aire y la luz se hace a la vela
y al alisio del son de la campana
rebaso el horizonte y sube y vuela.

Y crece la ilusión de largas olas
en el casto silencio de la Mancha
y se ondula una mies con amapolas
y por levante su confín ensancha.

En un verde de viñas alineado
pámpanos y racimos dan sus gozos

y en las viñas y el hoy, blanco y anclado,
un pueblo de bodegas y de pozos.

Ay, Mancha juvenil, ay tierra abierta,
sin regusto de moros y cristianos,
tu rosa y sus cuadrantes siempre alerta
a los céfiros tenues y lejanos.

Con alba de calandrias y con trinos
por Campo de Montiel y lanza de oro,
con soles en la cruz de los molinos,
con voz naranja y con callar sonoro.

2

Las nubes van navegando
desde la mar a la sierra.
¡Qué altas vuelan sobre el llano!

El viento curvo las rapta
y las iza en el espacio.
Sobre los giros del viento
suben y pasan pasando.

Olvidan la estepa triste,
el inmenso páramo.
Van más altas que la luna,
con un adiós blanco.

3

En el llano sólo un árbol
y en el árbol sólo un pájaro.

Colorín corbatirrojo
que tocas parvo flautín,
qué solo estás, colorín,
colorín encorbatado
en este llano asolado.

Viajero soy de la estepa,
viajero que no se mueve
y ve declinar la estrella.

Soy nómada que ha plantado
en la llanura su tienda.
El aire del vagabundo
acaricia sus banderas.

La rubia luz de la Mancha
todas las cosas me aleja.
Cuanto más claras las veo
más remota está la tierra.

Mi cielo es mi libertad,
mis rutas sus limpias sendas,
mi vida soñar despierto,
con las pupilas abiertas.

El sol tiene tanta lumbre
y el azul está tan cerca
que el sol me abrasa en su fuego
y el azul se abre y me lleva.

Don Quijote, don Quijote,
esta mañana te ví.
Llevabas la lanza de oro
y la punta de rubí.

Ibas por el horizonte
a la par del rojo sol
despertando la calandria
y pintando el ababol.

Tu armadura era de plata
y tu pecho de cristal.

Tan alto eras que llegabas
de la luna al barandal.

Al mirarte cabalgando
por el Campo de Montiel
la llanura sonreía,
coloreada de miel.

En el escudo pintado
llevabas un azafrán
y sobre el puño derecho
amarillo gabilán.

Don Quijote, don Quijote,
ésta mañana te ví.
Llevabas la lanza de oro
y la punta de rubí.

ELEAZAR HUERTA

A LA SOMBRA DE MI VIDA

EL ÚLTIMO PLACER

Mil horas en un minuto.

Mil leguas en la piel de una pulgada.

Y el beso de un acento apagado que llega
cargado de pregones y esencias de infinito.

Y la última pasión que clava sus espinas
en el último, lento, resplandor de la sangre.

Ay, que todo se enfunda en la nieve más fría,
que las luces exprimen su fruto más amargo.

Ay, que las brisas van por el espacio mudas,
las brisas que no beben ni el hombre ni la rosa.

Mas qué dulce placer éstas horas vacías,
esta boca sin labios que muerdan los silencios.

Éste callado cielo
donde la estrella muere y palpita la nada.

Qué placer esta mano abrazada a su sombra,
después de tanto anhelo y de tanto viaje.

Qué placer éste ardiente corazón desvelado,
perdido ya, perdido en una eterna aurora.

DE LA OSA COMO PÁJARO

VINETAS

Vuela ya, noche mía, pájaro en libertad,
vuela hasta que la aurora te recorte las alas.
Y llévame contigo, llévame por los aires,
lleva mi muerta carne sumisa como pluma.

No quiero más olvido... Sólo quiero olvidar
este blando destierro de nieves sin pasión,
este afilado puerto que dilata sus fauces
en un perenne asedio de encubridoras nieblas.

No quiero más surcar las horas sin herirlas,
ser un callado puente o un arroyo de piedra.
No quiero más beber el tiempo en ciega copa,
el tiempo que se escapa sin dejar su sabor.

Llévame ya contigo, mi noche como pájaro,
en tus alas que saben de todas las alturas.
Quiero la nueva vida de tu sol de colores,
de ese sol que convierte la nieve en corazón.

P. PÉREZ CLOTET

VIÑETAS

DE LA NIÑA QUE ESPERA

La luna se rasca un cuerno
tras la torre de la iglesia.

La niña espera al mocito
tras las cruces de la reja.

*Un rosal cría una rosa
y una maceta un clavé,
y un pare cría una hija
sin sabé pa quién va a sé.*

—¡Ay, madre, mira que canta
guitarra por petenera!

—¡Ay, niña, que ya la escucho
varada el alma en la pena!

Entre la luna y la iglesia
aires giran las veletas.

Entre la mar y los cielos
anhelos soplan las velas.

Entre la copla y las cruces
velando está la morena
el cadáver de ilusiones
que resucita su espera.

DE LA NIÑA PUDOROSA

—Que si me quieres?

—Que sí!...

—Que si me quieres?

—Que no!...

—Que yo sé, niña, decirte
que matas tu corazón.

Los aires están diciendo,
tras de tu pecho salir,
que van ardores naciendo
aunque me vayas mintiendo
tu verdadero sentir.

Y tú no debes mentir
el sincero sentimiento
que, en espontáneo fluir,
al calor de mi decir
en tu pecho toma aliento.

RAFAEL DE URBANO

POEMAS

Poesía, religión mía,
yo no he de emprender cruzada
contigo ni por ti nunca.

Yo no he de coartar conciencias
a nadie, con esta espada
que tú me diste a mí solo.

Pues cuantos menos te crean;
cuantos menos te conozcan,
mejor será para ti
y para mí, paz serena.

Yo no seré el Caballero
armado que, por ti, luche
y te imponga a tus infieles.

Bien sé yo que tú nos llamas,
bien sé yo que el que te halle
será tuyo y te amará
desde la vida a la muerte.

Mientras no me hiciste falta,
bien sin ti, libre, resuelto.
No me acordé de tal cosa.

Me hiciste falta un momento
preciso y no te llevaba.

Y te había presentido:

—Me vas a hacer falta—dije.

¡Cómo me cogió sin ti,
desprevenido y tan solo!

Te tenía y fuiste inútil.

Cuando, a la vuelta, te hallo,
ya ¿para qué?... Ya fué todo.
Ya fué todo, sin remedio.

3

¡Ay el cohete que quiere ser estrella
y no lo es nunca! ¡Cómo,
lanzado por el aire, como flecha encendida,
fugaz, deja su estela de oro vivo!

Ofrenda sus colores de bengala
y, en un momento, es
múltiple estrella roja, verde, blanca...

Revienta en el espacio, en trueno brusco,
y cae rendido, inútil,
en precipicio enorme, fracasado.

AGUSTÍN SANDOVAL

CARMINA

(Del libro, en preparación, "Rueda de Sibilas".)

De cadencia y músculo es tu presencia.
Por ella la tortura cobra rango de caricia
y la bofetada se disfraza de laberinto
a espaldas de Corydon.

Que nadie juegue con los vocablos
antes de tomar un «sandwich» de muslo tuyo
rociado con caldo de coco,
y de haberte amado una noche esquimal.

Yo te invito a rodar sin temor a ser piedra.
Materialismo tuyo, hecho de ritmo y beso,
de palabras sin eco, de diferenciación,
de piel de pandereta borracha de tablados.

T. SERAL Y CASAS

ROMANCE DE LA CIUDAD FINGIDA

A José Luis S. Trincado.

A flor de madera, duerme
ciudad sin voz ni cimiento,
bajo soles de zafiro,
verdes, castaños y negros,
hecha a filo de tijera
por infantiles arquitectos.

Sus casas son de papel.
Almas sin alma, sus rectos
salones pueblan, soñando
mecánicos movimientos.
Los puentes de cartulina
lloran lágrimas de espejos;
barcas de papel de seda
inútiles marineros
ostentan. Sobre las palmas
—pestañas de los paseos—,
devotas pájaras rezan
sus rosarios de silencios.

Tienen cerrados con llave
los labios—cofres secretos—,
chiquillas que hacen pulseras

al parque con sus baberos.

Dioses niños la ciudad

custodian...

Musita el pueblo,

brazos en alto, la muda

plegaria del desaliento...

—Nos yela un alma de estatua;

númenes, dadnos el fuego...

Descienden rosadas grúas,

motores de carne y hueso,

lirios sonoros florecen

llamas de ardilla y de incienso.

R. OLIVARES FIGUEROA

PASION Y POESIA DE BAUDELAIRE

1.—En París, el día 9 de abril de 1821, cometió el poeta Charles Pierre Baudelaire aquel «delito mayor del hombre» de los versos encadenados de Segismundo. Vino a los brazos de la Vida, según subraya—meticulosamente—uno de sus biógrafos mejores, el desconcertante Ramón, «en el número 13 de la calle Hautefeuille, casa que fué demolida al abrirse el boulevard Saint-Germain».

Muy joven, destacóse ya traduciendo a Edgar A. Poe, al que profesó siempre una intensa admiración. Sin embargo, no acabó de traducir su obra, tal vez porque las cosas que más nos interesan son las que dejamos para mañana y concluimos por no hacer. Baudelaire, además, pone en pie siempre la sensación de un gigante verdadero de la poesía; pero hay en él, también, algo eternamente incompleto. Sabiéndolo tan bien, jamás tuvo una lágrima para esos deseos que se nos mueren en flor. «¿Para qué ejecutar proyectos cuando el proyecto es en sí mismo un placer suficiente?», leemos en uno de los «poemas en prosa» que dedicó a Arsenio Houssaye. Y otro día, en una de aquellas cartas a su madre, conmovedoras cartas de niño a quien la vida trata demasiado mal: «¡Qué difícil, qué difícil es no pensar un libro, sino escribirlo sin laxitud, y, sobre todo, tener todos los días energía!»

En cuanto a su obra original—que fué, sencillamente, nada más y nada menos que eso: original—, ocupa la maravilla lírica del plano primero *Les fleurs du mal*, donde el poeta canta a esas mujeres llamadas, paradójicamente, alegres, que le trajeron—eso sí—la única y triste

alegría de su vida. El, que había querido en una a todas las mujeres, hubo de contentarse después con amar el recuerdo de «aquella» entre los brazos de las demás. Sobre todo, entre los brazos negros que habían de ser su verdadera perdición, ya que aquella negra hoguera que se llamó Juana Duval había de ir hundiéndolo—lentamente, cada día un poquito más—en todos sus abismos de siempre, desde el abismo del opio y de los amores nefandos hasta el abismo final de la locura.

Fué Carlos Pedro Baudelaire el hombre que viaja con una melancolía que no es como la melancolía del tópico de los demás. Acaso aprendida en aquel viaje a Oriente con que sus padres—el buen Santiago Baudelaire, que cuando el hijo nació había dilapidado ya sesenta años de cómoda vulgaridad, y la muy joven Carolina Dufays—pretendieron alejarlo de la poesía, como si el ser poeta, que no es lo mismo, naturalmente, que escribir versos, fuese una cosa voluntaria y no una desgracia horrenda y una inmensa felicidad con que abrumba a ciertos hombres el Destino.

Viajó. Pero él no necesitaba, en realidad, moverse de su cuarto para contemplar las estrellas de todos los cielos de la tierra, para acodarse en la borda de todos los barcos, para sentarse a la mesa de los hoteles remotos con mujeres de todas las razas...

Fué capaz de sentir, en un mismo minuto, ternuras de ángel y arrebatos de criminal. De reírse de todo y de llorar por todo. De pegar a su amante y, al salir, llenar sus ojos de lágrimas sinceras ante un mendigo o ante un perro vagabundo en la alegría de París...

No obstante, basta leer, p. ej., *El juguete del pobre* o *Los buenos perros*—poema éste que le valió el chaleco rojo del pintor Stevens, que se despojó de él una de aquellas tardes cálidas de la taberna Horton para ceñirlo, solemnemente, a pecho tan generoso como el pecho de su amigo el poeta que había cantado a los perros—, para comprender de una vez hasta qué punto su corazón fué hermoso y su alma se mantuvo tensa de amor hacia los hombres y las cosas; después de todo y a pesar de todo, ya que muchos de sus gestos crueles fueron una mentira inventada por él mismo. Por eso, no cuando habla, sino cuan-

do escribe, esto es, cuando se nos muestra realmente sincero, asegura: «Me he vanagloriado de ruines acciones que jamás cometí». Jamás.

* * *

Yo lo he admirado siempre—de una manera vaga y como por instinto, primero; luego, sabiendo por qué, y definitivamente—. Todavía no he llegado, sin embargo, a encender unas velas ante *Las flores del mal* y arrodillarme ante la obra inmortal, como, si hemos de creer confidencias malévolas, hace un literato don Diego con *Don Quijote de la Mancha*. Y es que pienso que la vulgaridad y la pobreza de unas velas harían sonreír a su espíritu, tan fino y tan irónico. Para sus «Flores del mal»—abiertas a todos los climas literarios del mundo—no hay otro homenaje que el beso de una de esas mujeres a las que él amó y cantó con voz tan emocionada. Y al separarse la boca marchita, maldita y adorable, si ha dejado sobre la página una mancha sangrienta—sangre de vicio, pero sangre auténtica; no sangre de esa sangre falsificada que se vende ahora para las mujeres que no tienen corazón—, si ha quedado en la hoja una lágrima de lloro verdadero, yo estoy seguro de que Baudelaire sonreirá alegre. Porque él no quiso otra gloria para la gloria de sus versos.

Por eso la vida y la obra de Baudelaire reclaman unas palabras emocionadas y a media voz... Nada más horroroso, ante su tumba, que un discurso con gritos y sin emoción.

2.—Oscar Wilde, a veces tan injusto que ha podido decir fríamente: «Zola, fiel al principio altanero que formuló en uno de sus *pronunciamientos* literarios: «el hombre de genio no tiene nunca ingenio», está decidido a demostrar que, si carece de genio, puede ser, por lo menos; estúpido. ¡Y vaya si lo consigue! Su obra es mala desde el principio hasta el final, no desde el punto de vista moral, sino desde el punto de vista artístico. Sus personajes tienen vicios tristes y virtudes más

tristes aún. La historia de su vida carece de interés en absoluto. ¿Quién se acuerda de lo que les sucede?...» Oscar Wilde, cuya justicia ante Baudelaire resalta mejor tras esas palabras colmadas de frívola y consciente injusticia (apuntemos entre paréntesis su claudicación: «No deja (Zola) de tener fuerza. A veces, en sus obras, en *Germinal*, por ejemplo, hay algo épico»), incluye *Les fleurs du mal* entre esos libros, raros ciertamente, que «pueden—dice—hacernos vivir en una sola hora más que la vida en veinte años de ignominia». He aquí su recomendación, en la que tiembla, anacrónica—¿verdad?—, una gota azoriniana:

«Al alcance de su mano está un tomito encuadernado en piel verde Nilo, sembrada de nenúfares de oro y curtida con el duro marfil. Es el libro que adoraba Gautier, la obra maestra de Baudelaire. Abralo usted en ese madrigal triste que empieza así:

«¿Qué me importa que seas sabia?
Sé bella y triste...»

¡Y se sentirá usted adorador de la tristeza como no lo fué usted nunca de la alegría! Continúe usted en el poema del hombre verdugo de sí mismo, deje que se deslice su música sutil en su cerebro, coloreando sus pensamientos, y será usted durante un momento semejante al que hizo esos versos.» (¿No se advierte aquí un doble saborcillo, primero, a receta culinaria, como si Wilde hubiese cercado sus paradojas, momentáneamente, con el gorro del padre Dumas, o de Dumas padre, es igual; después, a «adivinación sibilina» en el estruendo de las ferias humildes?)

«Mejor dicho—prosigue el *enfant gaté* sobre el cual Pérez de Ayala ha trazado un ensayo mediocre—, no durante un momento, sino durante muchas noches áridas, a la luz de la luna. Y durante días y días estériles y sin sol, una desesperación extraña invadirá todo su sér y la miseria de otro le roerá el corazón. Lea usted el libro entero, y con sólo que le diga uno de sus secretos, su alma sentirá ansia de saber más y se alimentará de la miel envenenada, y querrá arrepentirse de extra-

ños crímenes que no cometió y expiar terribles placeres que no conoció jamás. Y después, cuando esté usted cansado de esas flores del mal...»

Que m'importe que tu sois sage?

Sois belle! et sois triste!...

3.—La vida de Baudelaire enciende unas palabras que ciertos novelistas seudosentimentales lanzaron al mercado del tópico: vida a la deriva. ¿Corazón sin rumbo, su corazón? No. Todos los rumbos. Y por eso despista, irónico, a quienes siempre contemplaron el espectáculo del mundo con anteojeras en el espíritu.

Frente a tantas gentes que se limitan bienamente—malamente— a existir, Baudelaire *vive*. Y vive una vida contradictoria, arbitraria, sin freno y—al parecer; ¿no hemos quedado en esto?—sin norte*. No en vano declara un día lo que ama más: «las nubes, las nubes que pasan...» Ésta cita tan conocida nos desvela de una vez su carácter, su pensamiento y su sentir: su cerebro y, sobre todo, su corazón.

He aquí ya las características de su tránsito: inconstancia, volubilidad, ligereza. Y siempre tan alto como ellas, como las nubes errabundas. Si algún hombre ha vivido en las nubes, ha sido—ciertamente—Baudelaire. Creo que por fortuna para él.

Sin embargo, tenía también eso que se llama «un gran sentido», una clara visión de las cosas terrenas y pequeñas. Una tarde, abandona entre la palidez alargada de las manos de la mujer que por entonces —¿estúpida sonrisa de un Mauclair cualquiera?—poseía la gloria sin panegiristas de su intimidad: «por muy poeta que sea, no soy tan idiota como te crees». Comprende, tal vez, que ella no ha comprendido y añade: «Y si me molesta mucho con tus preciosos lloriqueos, te trataré como a la *mujer salvaje* o te arrojaré por la ventana, como una

* Vida, por otra parte, la más literaria que puede hallarse. De existir un hospital para los enfermos de literatura, que al cabo—se ha hecho muchas veces la afirmación—“esto” es una enfermedad como cualquiera otra, y se muere de ella, como murió Baudelaire; si existiese un hospital así, repito, este gran poeta habría, muchas noches, delirado en sus camas, como Verlaine en las de los verdaderos y trágicos hospitales.

botella vacía». Y luego sentirá nostalgia de sus lloros con peticiones y sin virtud, cruzado de brazos ante la querida de la que cuenta: «¡Cuántas veces me tuve que contener para no oprimirle la garganta, gritándola:—Pero sé un poco imperfecta, miserable, para que te pueda amar sin disgusto y sin cólera!»

Cuando desciende a esta vida, a la vida corriente, sin alma, sin ideales, renqueante y amorfa, es para verter todo su desprecio y toda su desgracia en una frase irónica y elegante.

Desdén, elegancia, ironía. Otras tres palabras que arrastra el nombre de Baudelaire. ¡Espíritu incomparable!

4.—Sonrió a veces con la sonrisa del «enfant terrible». Gustaba de las frases desmesuradas y deslumbrantes, de las frases «pour épater le bourgeois». Así, hace resbalar una tarde, sobre la mesa del café turbio y municipal, una frase ante la cual se han pasmado tantos de esos ojos que miran sin ver:

—Los sesos de niño són un plato exquisito, ¿verdad?...

5.—Fué—con aquel aire frívolo y displicente de *dandy* de sus mejores días, que nunca perdió del todo, sí—un revolucionario auténtico. ¡Revolucionario de la poesía, revolucionario de la burguesía, revolucionario de las mancebías, y del honor y del dolor y del amor! Porque arremetió virilmente contra todo lo viejo, contra todo lo caduco, contra todo lo deleznable y lo vulgar y lo adocenado y lo vergonzoso, y no es sólo destructor, sino que es el creador de bellezas altivas ante el Tribunal de los Siglos.

6.—Sobre los charlatanes de todos los días:

«No les compadezco porque adivino que sus efusiones oratorias les producirán una voluptuosidad igual a la que sienten otros en el silencio y el recogimiento. Pero les desprecio.»

Sobre la justicia, tal como la «administran» los hombres:

«...Miraban de cuando en cuando la aguja del reloj como los jueces

humanos, que juzgan desde por la mañana sin dejar de pensar en la comida, en la familia y en sus queridas pantuflas.»

Sobre la felicidad, ese humilde tesoro que cantara *Andrenio*:

«El placer y la dicha están en el primer albergue que encontramos, en la posada del azar, tan fecundo en voluptuosidades. Un gran fuego, vistosas lozas, una comida pasable, un vino rudo y un lecho muy ancho con sábanas un poco ásperas, pero frescas. ¿Hay nada mejor?»

De los malvados por estupidez:

«No es excusable nunca el ser malo, pero siquiera hay algún mérito en saber que lo somos. El más irreparable de los vicios es hacer daño por estupidez.»

A propósito de la libertad y la igualdad:

«Sólo es igual a otro quien lo demuestra. Sólo es digno de la libertad quien sabe conquistarla.»

Enfrentándose con el sentimiento trágico de la Divinidad:

«¡Oh, Creador! ¿Acaso pueden ver monstruos los ojos de Aquel único que sabe por qué existen, cómo se han hecho y cómo podrían no haberse hecho?»

He prendido unas cuantas frases que quizá levanten, para algunos lectores, una punta del velo que prestigia de sombras inquietantes la figura fugitiva de Baudelaire, que pudo ser todo menos hombre de muchedumbres, uno de esos hombres a los cuales Nietzsche despreció tan rotundamente: «En el desierto han vivido siempre los verídicos, los espíritus libres, como señores del desierto; pero en las ciudades habitan los sabios célebres y bien alimentados—los animales de tiro—. ¡Porque tiran siempre, como burros, del carro del pueblo!»

Cerraré esta grata búsqueda con unas palabras levantadas, y a un tiempo mismo encogidas de hombros. Escritas con paradoja de su eterna pena escéptica:

«Al entrar en una taberna, un mendigo me alargó el sombrero con una de esas miradas inolvidables que derribarían los tronos, si pudiera el espíritu remover a la materia y si la mirada de un hipnotizador lograra madurar los racimos.»

7.—Baudelaire muere entre los brazos de tópicos de mujer fatal de la locura. La misma mujer que mató a Nietzsche. La misma mujer que mató a cuantos pecaron con ese divino y maldito pecado de la inteligencia...

(«La locura es el castigo de no haber sido necio», advierte D'Halmar. He aquí, sencillamente, por qué Baudelaire colgó en cada uno de sus días postreros un cascabel trágico de locura verdadera, de aquella locura que se vengaba, así, de sus locuras fingidas. Ciertamente, ante un final como éste, hay que pensar si es mejor acaso llamarse Ramón de Campoamor, por ejemplo. Ramón de Campoamor no pudo morir así. Era un hombre al que no había por qué castigar.)

... Debió tener, en sus momentos de última y suprema voluptuosidad, un madrigal tembloroso e imposible en los labios que besaron tanto cielo infernal. El mismo, tal vez, que comienza: «los chinos ven la hora en las pupilas de los gatos...» Debió de mirar profundamente y desesperadamente a los ojos de Ella, a las cuencas vacías y a un tiempo llorosas quizá de las lágrimas de cuantas mujeres inmortalizó entre sus brazos, entre los brazos ceñidos tantas veces a las caderas de la Mujer Sin Nombre. Entonces recuerda: «Sí, veo la hora: es la eternidad». Y: «¿No es cierto, señora, que éste es un madrigal verdaderamente meritorio e incluso tan enfático como usted misma? Realmente, he sentido tanto placer adornando esta pretenciosa galantería, que no la pediré a usted nada en cambio.»

He aquí el último madrigal—sin voz—de Carlos Baudelaire, tras el cual un beso aprisionó por última vez sus labios ya demasiado pálidos. El beso que él ya no pedía en cambio, encontrándose súbitamente—ante una mujer—sin miedo y sin deseo también.

JOSÉ S. SERNA

CARTEL DE PROSAS CÁLIDAS

I

En el horizonte, las nubes alargadas, han tomado un color oscuro como de vetas de carbón.

Por encima de ellas, sonrío, subiendo el medio círculo de la altura, un lucero enorme que sobresale—diamante fúlgido—en el claror del crepúsculo débil.

Toda la altura, pugnada de sombras pálidas, dice, entre una pompa de sosiego, la orbica religión de su consigna estética.

2

La cara verde de la tierra tiene esos pelos de los árboles, diplomas de fecundidad, alivio de frases húmedas, amparo de sombras útiles.

Pelos de la tierra, que decoran y benefician la gran cara verde. Esa cara que sólo mira al cielo y soporta, sin una queja, la ingratitud de los pies del hombre.

3

En éstas sombras quietas de la noche profunda, pasan las horas muy lentamente. Pasan con una blandura de frase lírica en suave prosa. Y son como un detenimiento de la vida donde todo dice de un apacible paisaje sentimental.

En el ámbito que nos rodea, a modo de un falso evangelio, ni el sonido de nuestras horas vividas y con el marchamo del recuerdo. Sólo una lesión de soledad cuando decimos un nombre que parece emoción soñada...

4

Bajo la noche y junto al silencio, el tren atraviesa, raudo, fantásticos icebergs de sombra.

El tren, a modo de badajo en una campana colosal, suena su estrépito y su prisa. Los viajeros repasan esas preocupaciones que no se anotan nunca, esas cuentas en que no entra un dinero legal, ese amor absorbente que no debiera haber llegado...

El tren jadea su celeridad bajo los túneles de sombra. Y la noche reposa su sílaba inviolable.

5

El silencio está en uno mismo, en ese tono de callada gravidez íntima con que uno mira las cosas.

El silencio, más que sentirlo—ausencia de voz y de música rota—lo vemos. De él sabemos enteramente cuando miramos las llanuras grandes, el cenit espléndido y el sueño frágil de las sombras.

LUCIO BALLESTEROS JAIME

que te hace ser, sujeto en ti
y al beso en luz de mi sonrisa.

QUIERO...

Ah,

y aquí,

junto al calor del duelo de mi amor
y qué sé yo.

Aquí,

y allí, en el centro los vientos azules

Quiero ser las niñas de tus ojos,
las metálicas cuerdas de tu voz...

Yo no quiero que nadie te consuele,
si te mata la fuerza de tu amor.

Quiero yo que te invadan las tinieblas,
cuando para mí no salga el sol...

Quiero yo que me llames y conjures
sobre labios y frente y corazón.

Quiero yo que sucumbas y enloquezcas...

loco, sí; muerto, sí, te quiero yo.

MARUJA FALENA

POEMA

...como dos almas perlas...

J. R. J.

A MI HERMANA

Al roce
de la verde terrosa mejilla de los campos,
febril en la blanca tinción que dan las margaritas,
al fin de toda mi ternura que es sin ti, más que tú,
más allá del amor, de vuelta de las flores,
y del aroma que mi amor en ti,
corola del suspiro, concluye,
¡Tú!

En la grieta sin cielo de mi horizonte pálido de espumas,
con transparencia de ala en su latido,
me floreces gigante,
¡tan distantes mis plantas
y tan cerca, tan cerca!

Tan ausente mi vida, más allá del amor,
como la vida pura
en fresca nieve de lirios.

Flor,
¡así la flor que ya en mi luz germinal,
te encuentro viva y alta
extendiendo en los brazos la lluvia del aroma

que te hace ser, sujeto en ti
y al beso en luz de mi sonrisa.

Allí,
y aquí,
junto al calor del duelo de mi ascenso
y mis raíces.

Aquí,
y allí, frunciendo en tu centro los velos azules
de la primera tarde en llamas de mi fe,
pendiente del latir de tu estremecimiento.

Al roce,
en la mejilla de los campos,
fulgor de astro a flor de piel y alma.

¡Mi aire!

ENRIQUE AZCOAGA

DIBUJOS

TITUBEO

Para otro cuaderno—realista y
sentimental—de José S. Serna.

Se purificaba el beso
sobre el puente hecho de incógnitas
de la frente del pequeño.

La madre estaba en la cama;
el niño—semilla—, en medio;
ella quería, quería...,
y al padre le daba miedo.

(¡Primera infancia de luz
entre el barro de dos cuerpos!)

El niño, en su rota lengua,
pidió luces, quiso cielos,
y, restregando serrines
de luna, se fué durmiendo.

Y ellos bajaron los ojos...,
¡y huyó, torpe, el pensamiento!

JUAN ALCAIDE SÁNCHEZ

NARCISO, PADRE

I

Gabriel tenía cuatro años. Hacía dos, desde que su madre murió, que Julián le observaba. Hasta entonces le pareció que no tomaba posesión de su papel de padre. Libre de aquella mujer, que durante dos años le había tiranizado, Julián cayó en la más amorosa de las esclavitudes. Acaso había querido al chico desde que nació, pero la terrible equivocación de su matrimonio le había apartado dolorosamente de aquel niño.

El primer sentimiento que Julián experimentó al reconocerse dentro de sí este otro sentimiento de apasionado cariño paternal, fué el de sorpresa. Hacía dos años que observaba a Gabriel y se observaba.

En verdad, él no había amado nunca. Recordaba de su niñez un hogar desastillado en el que una serie de hijos diversos tiraba cada uno por un lado, en tanto la llama de la muerte quemaba los leños paternos.

No necesitó ya nunca, otra familia. Fríamente dió su parte estricta de amor sexual para librarse de las tormentas fisiológicas y curado de las mujeres parvamente, quedó, hombre resuelto, sin conocer, sin embargo, a la mujer. Después se volvió hacia sí, a su castillo cerrado, y no se encontró, resueltos los otros problemas, problema alguno, sino satisfacción de hallarse consigo a solas, como si al toque de las mujeres hubiese sido fecundado y se hubiese parido a sí mismo. De estas soluciones prematuras obtuvo una absoluta vanidad y un malsano reposo de sus dos «yo», apoyados uno contra otro.

La vida respetó este tremendo equilibrio. Recibió admiraciones y

elogios, apareció en sus funciones de empleado del Estado como modelo, y recogió más respetos que cariños. No fué envidiado. Aparentaba un poco el mito de un hombre cuya alma se hubiese convertido en una plancha de acero bruñido y fuese puñal defensivo respecto de los demás y espejo para sí.

La tragedia de su matrimonio fué ésta: Julián no eligió. No tenía términos de comparación. Entre él y su espejo se interpuso una vez cierta mujer que quería casarse. No era una mujer perdida, porque no había sido ganada por nadie. Entre otras que se suelen llamar perdidas, la encontró Julián.

Materialmente Julián, tan ecuánime, tan seguro, había sido impelido hacia un abismo. Supo él, antirromántico, que el amor es ciego. Fué como si de pronto se hubiese quedado miope y en la precisión de captar el mundo que se alejaba y desvaía se hubiese calado unas gafas orgánicas: nada menos que los iris de Julia. Recorrió el hilo de éstos momentos como un ciclista de circo montado sobre los ojos de su amor. Pero Julián sintió que éstas gafas interpretativas al principio de aquel continente a que su ladina querida le había trasladado, se iban haciendo opacas, iban adquiriendo una tupidez trágica de alas de murciélago.

Julián, en suma, veía por los ojos de su mujer; luego veía sólo los ojos de su mujer, como si un abismo negro se hubiese comido los suyos...

Esta hiperbólica situación no podía durar, siendo como era el extremo lejano de la serenidad narcisista de Julián.

El hombre seguro había creído seguro que aquella mujer negaba un hijo. Esto vió Julián en aquella cueva de la que se sentía salir, como si la cueva se pusiese boca abajo y le vertiese. Cuando lo dudó Julián estaba ya casado. Lo dudó horrorosamente mucho tiempo. Esta fué una de las causas de las disputas matrimoniales.

Nunca había pensado Julián en tener un hijo. No había pensado nunca sino, primero, en defenderse de sus apetitos, y, después, en tomar la ofensiva y autorreconquistarse.

Tangentes a los pequeños círculos entreabiertos de las mujeres, los

hombres normales dan en el punto de contacto, la chispa fecundadora, que provoca dentro de ese círculo, ahora hermético, el fruto de la descendencia. La trayectoria del animal polígamo aparece así como una rama que da radios desde ese axila que es el punto de contacto, flechas dirigidas al centro mismo de la hembra. Pero es una rama recta, tocando círculos nuevos; en tanto que la línea quebrada del monógamo es como un polígono circunscripto que se enrosca a una sola circunferencia. Julián pasó, secante o cercano a éstos metafóricos discos femeninos, sin dar chispas, creía él. Sin embargo, a fuer de puro egoísta, cuando creyó que el hijo de Julia fuese suyo, pensó lleno de gozo:

—Será como yo.

La duda rompió después la probabilidad de aquel capricho, juguete de rico, y Julián sufrió por primera vez en su vida.

Cuando creyó vencida a Julia y dispuesta a decirle la verdad, otra verdad más resuelta, más grande, la muerte, ahogó a la verdad pequeña para siempre.

—Me lo dirá la vida. Según él sea, sabré yo de quién sea: de ella o mío. Si no es absolutamente como yo, no es mío. En mí hay dos, y en la partición debo llevar mayoría. Tengo que aislarle de mí, para que sus dos tercios sean puramente míos. Y, por lo pronto, quiero al chiquillo. Ya veremos...

II

Ahora, aquel arma fría, espejo y cuchillo, había sido corroída por el ácido de la ira. Gabriel tenía los ojos de color de acero.

—Tiene mi alma—se dijo Julián—; pero ojalá que el tercio ajeno seccione cruelmente su narcisismo futuro.

—Que no me toque—pensó después—. Que no se contagie, y, sin embargo, no me niegue.

La característica de Julián había sido su mutismo. Narciso fue mudo. Por sus ojos, en cambio, cabía él mismo entero. La palabra poderosa no iba a barrenar en los oídos de Gabriel ese agujero tremendo

por donde las serpientes viscosas de la persuasión, o los gritos explosivos de las convicciones ajenas entran para minar nuestro laberinto espiritual.

Julián pasaba muchas horas mirándole. No menos malsanas que cuando se autoanalizaba tenazmente. Sintió devoción por la cuna del niño, altar de la duda.

Los párpados corridos son como azogue que hacen espejo del cristal de los ojos para que el alma pueda mirarse desde dentro.

Pero el alma corre el albur de corromperse, como los pantanos quietos que también tienen por fuera un azogue vegetal que los disimula.

Julián quería a un tiempo mismo ver el alma del niño tal como ésta se veía a sí propia, a ojos cerrados; convertir los pantanos en corrientes y que perdiesen su verdor inmundo y fuesen ríos de ensueño, y él contemplarlos y beber en ellos; y que el niño abriese los ojos por leerseles e interpretarlos y adivinarlo todo.

Una experiencia. El niño tenía aún cuatro años y entró un día de puntillas en el tocador de su madre. A su encuentro le salieron tres chicos idénticos, desprendidos de la triple luna. ¿Por cuál de los tres se decidiría Gabriel? Julián le expiaba. Estaba aún intacta aquella gruta dorada, defendida por las supersticiones del viudo, desde que la maga desapareció. Gabriel cogió un frasquito verde y lo vertió en el suelo. Después de derramado, tiró el cristal contra el Gabriel subuno, pero no llegó. Luego salió corriendo. Los cuatro niños divorciados huyeron cada uno hacia su punto cardinal. El niño real, huyó por la puerta donde su padre aguardaba, tropezó con él, y cayó entre sus pies. Se hirió en la frente con la punta del zapato de Julián. Tuvo fiebre muchos días. Gabriel creció y el enigma aumentó en progresión geométrica. Le fué atribuyendo padres a su hijo, y, en un momento, hasta le negó la madre porque no a ella, y a muchas sí se parecía. Sin embargo, el chiquillo tenía formalidad propia; y fué mozo; y a Julián se le multiplicaron las canas; y el muchacho atravesó la edad difícil, y un instante sorprendía a todos con su sabiduría, y en otros era chabacano, frívolo y ligero; y la curiosidad de Julián se le enconó y le torció y retorció la vida, deshaciendo su dicha y su reposo.

Las tres de la mañana. Julián se despidió de sus amigos del club, y se dirigió a su casa dando un largo rodeo para prolongar un poco, como de costumbre, su paseo de la madrugada. Una escena nada extraña, a lo lejos. Dos señoritos, borrachos indudablemente, y una mujer. Estaban muy lejos y Julián no distinguía si iniciaban una estúpida danza en la oscuridad o si luchaban entre sí los dos hombres o si la hembra intervenía.

—Así se maten—pensó cruda y cruelmente.

Como el agitarse de la triple sombra era cada vez más violento y desconcertante, Julián, sin curiosidad por este tipo de espectáculos nocturnos, torció por la primera calleja que se abría a la derecha. A los dos pasos que había dado por ella, sonó un disparo.

—¡Qué cosa más absurda, matarse a éstas horas! Y esos bárbaros son capaces...

Cuando Julián, a toda prisa, retornó a la calle principal para acudir a la riña, las sombras de otra inmediata esquina solitaria se tragaban el último pedazo de la silueta femenina. Había un hombre tendido en el suelo y Julián corrió hacia él.

No tuvo que sorprenderse porque ya, en aquel segundo anterior, lo había pensado. Aquella era su misma capa con otros rojos forros de sangre por fuera. Aquellos eran sus otros ojos de acero, cerrados ya. Gabriel yacía con la cabeza agujereada, con su crónica borrachera sublimada por su borrachera de agonía de asesinado. Julián asistió fríamente a esta agonía, sin un leve residuo de sentimiento familiar, casi inhumanamente.

—Fuiste su hijo. Tuviste sus vicios. Has muerto con la verdad entre los dientes como ella, la verdad que yo sabía...

Se había encorvado para reconocer al herido. Vió morir al hijo de Julia, y se incorporó. No supo hasta entonces bien, que podría asistir un día a todo esto sin emoción y sin odio, con calma, como se asiste a la ejecución de un castigo. Su arma húmeda como lengua de perro volvió a cobijarse en su antigua corteza de cuero.

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ-TRINCADO

ESCAPARATE LITERARIO

LIBROS

Plá y Beltrán: EPOPEYAS DE SANGRE (Poemas revolucionarios). Publicaciones U. E. A. P. Valencia.

Este libro es el cuarto de Plá y Beltrán. El primero, *La cruz de los crisantemos*—versos ñoños y lugares comunes en una pobretería imprentil—vió la luz en Alcoy al amparo de la simpatía y en tiempos de mansedumbre y sopor políticos. *Huso de eternidad*, que es el segundo, aparece en Valencia, mejor presentado, y viene a ser un Caín caso de haber habido algo de Abel en el anterior. Porque es contrario al otro en forma, en fondo, en cursilería y en vaciedad. Alberti y García Lorca son los dioses mayores de este libro. El tercero se titula *Narja*. Aquí ya tenemos al Plá y Beltrán de los versos revolucionarios. Plá y Beltrán, que recuerda —muy mal—aquello del camarada máuser tiene la palabra... *Narja* es el libro en que Plá y Beltrán se defeca —sin retórica posible—sobre todas las cosas y sobre todos los olímpos. Servidumbre y halago de un temperamento lírico, sin brújula, a unas masas que no entienden de poesía. Y menos de la que hace Plá y Beltrán, que no es revolucionaria ni poética.

Epopéyas de sangre. El mejor libro de este poeta ávido de escándalo y poderoso de cinismo. Postura de agilidad donde nada es ágil. El poeta jugando a lo actual con palabras gruesas que hablan de pólvora y de coágulos de sangre. Algo terrorífico, pero que encanta por su ingenuidad.

Según el índice, consta *Epopéyas de sangre* de siete gritos revolucionarios: «Saludo a los poetas últimamente adheridos a la revolución», «Fábrica», «¡Castilblanco!», «Imprecación a la guerra imperialista», «El leñador», «¡Casas Viejas!» y «Habla un parado».

Plá y Beltrán ve todos los poemas que escribe, pero no los siente. Es la suya una labor mecánica, de paciencia y técnica. Porque es lento para construir. Se hace dificultoso y bárbaro. Todo su libro está preñado de una negación enorme, de un encono rígido, de una venganza fiera. Habla a los obreros con demasiada retórica inentendible, con versos libres sin gracias rítmicas.

Plá ha mejorado en la forma. «Sabe» engañar al público. Si hay un poeta que da gato por liebre y queda bien—como los ángeles—, ese es Plá y Bel-

trán. Su *Epopeyas de sangre* está hecho con tal despreocupación inestética que lo marchama de incivilidad. A ratos, encanta por un fugaz acierto lírico, que no es revolucionario ni epopéyico, sino temperamental y subjetivo. Lo de poeta que hay en Plá—y es mucho—se desgracia en posturas de *snob* y violencia que le prestan cédula de arisco feroche. Y él es bueno y tímido, delicado y medio burgués.

Hay en este libro del poeta valenciano exaltaciones rojas, metáforas grises y recodos blancos. Poeta auténtico, sabe escribir estrofas como ésta de la «Imprecación a la guerra imperialista»:

Todavía
en los cielos inmensos de la América
se iluminaban de soledad los bosques
y el sol hacia arder de música los pájaros.

Y en el romance «Casas Viejas»:

Hieren el alba los gallos
derribando las estrellas.
La noche ha pasado tímida
de pájaros y quimeras.

. . .
Sin luna rueda la noche
con frío de bayonetas.

El viento, puesto de pie,
al espacio abofetea.

. . .
Muere «Seisdedos», y el cielo
se crece todo de hogueras...

¡Odio negro, negras hoces
dormidas desde la siega!

Poesía y grito. Turbio maridaje. Blanco y rojo. Paradoja antilírica. Dificultad y cinismo. Y el no saber cómo es uno y por qué y hasta cuándo. En la literatura todo son artes de disimulo. *Epopeyas de sangre* bien puede ser todo y algo más y algo menos de lo que su autor se ha propuesto.—L. B. J.

Eleazar Huerta Valcárcel: CACIONERO MOZO. Tip. González. Albacete.

Nos ofrece Eleazar Huerta, en un tomo que recoge hasta una treintena de poesías, el fruto lírico de su mocedad. De una mocedad que especula sobre motivos eternos—el Mar, el Amor, la Luna, el Campo, la Meditación—y que sin mengua de su fervor y lozanía, somete la inspiración a los rigores de las normas. Conocemos los horizontes estéticos del autor para quien «el hecho poético» es, antes que sustancia, forma; pero, sin esta noción previa, por el mero exponente de los versos del *Cancionero Mozo*, podíamos identificar a aquél como un clásico—descendiente directo de la buena escuela castellana—que atiende con especial cuidado al ensayo de los metros y pule sus metáforas

para luego engarzarlas en estrofas perfectas. Cuidados éstos que impone la artesanía inteligente, a quien sabe del valor eterno de los cánones y de la gracia inefable de la «cifra de oro».

Y véase que no sufre desmayo la pasión juvenil del poeta al ahormarse en períodos y cadencias sino que se conserva exhuberante y rebelde, y hasta áspera en ocasiones, como corresponde al fruto de una juventud auténtica, para exclamar, en un momento de exaltación venusta:

Gocemos la vida grata,
ya que los nervios
son hoy látigos de plata
siempre soberbios.
¡Pues que la rosa sangrienta
del corazón
desarrolla, violenta,
su floración!

«Pero, en el fondo de la pasión, la Norma», según el consejo de D'Ors a los fieles artesanos. Y es precisamente en el cultivo de las normas en donde alcanza Huerta Valcárcel estadios de perfección.

Con un regusto clásico, que acredita su ingenio de humanista, nos ofrece, entre composiciones originales, una traducción de Catulo y sendas paráfrasis a un tema de Garcilaso y a la Oda XIV de Horacio en donde el uso de los metros vernáculos—el endecasílabo sáfico y el dímetro yámbico—se juegan con la misma delicadeza y gracia que en San Juan de la Cruz y Garcilaso.

Hay en la producción poética que contiene el *Cancionero Mozo* toda una gradación de calidades exquisitas que realzan la capacidad creadora del poeta: un sentido pictórico de la naturaleza—conforme a la fórmula horaciana *ut pictura poesis*—que le lleva a personificarla en sus versos, luego de seleccionarla y pulirla hasta convertirla en «verdad representativa», pero dejándola incólume en toda su magnificencia sensorial; cierto pudor sincero que evita las caídas, tan frecuentes hoy entre los poetas jóvenes, en lamentables ecolalias y prosaísmos y, por último, un sentimiento de lo bello tan educado y ágil que le permite hallazgos como el de esta metáfora que luce en su «Nocturno» como una gema:

Entre pedruscos algados
flotaba un podrido leño.
Llamaron las olas múltiples
en la caverna del sueño.

Como la túnica de la musa Polymnia, es noble y severa y rica esta poesía del *Cancionero Mozo*.—José M. Requena.

Pedro Pérez Clotet: TRASLUZ. Ediciones "Isla". Cádiz.

Luces claras de acierto proyéctanse sobre la segunda salida de Pérez Clotet al ruedo poético de España. Vuela el verso por los cielos de la poesía pura —perdieron su rígida exactitud las palabras que *Gecé* subrayara: «dentro de la escuela pura de Jorge Guillén»—. De *Signo del alba*—1929—a *Trasluz*, el verso ha adquirido un hondo sabor inequívoco de plenitud, y se ofrece ahora encendido en oros de madurez, próximo ya ese equilibrio—ciertamente difícil—de lo perfecto. Todavía tembloroso de la fuga, y clavado para siempre en el blanco de la más alta poesía...

Amasaría con cipreses
austeros tu grácil cuerpo.
Ensombrecería tus ojos
con morados pensamientos.
Y en tus manos clavaría
soledades de destierro...

La voz de Pérez Clotet nos llega cándida y emocionada, mojada en lágrimas de luz. Y limpia, distinta, concreta. Lejanas todas las resonancias, surge definitivamente su enérgica personalidad desvelada, y ante el poeta arden —inédito sentido—los versos primeros de una décima de ayer:

Solo. Hito de firmeza
sobre el mundo en desvarío...

Firme en la soledad de su trasmundo lírico, Pérez Clotet entona su cántico, y su fervor acaricia nuestro espíritu—en éxtasis—con sus dedos húmedos de rosas de ensueño, como las manos de Ella—sus manos: «azules, leves, altísimas»—. Y los ojos no están «llenos de tierra»—no—. En sus pupilas tiemblan, milagrosamente, dos gotas de mar de un nuevo cielo.

... Porque sí. Porque cada estrella
trae su noche prendida
en su temblor de seda.

Así—porque sí—, cada poema de Pedro Pérez Clotet nos brinda, prendida en sus guiños azules, el alba de milagro de la Poesía.—J. S. S.

REVISTAS

LITERATURA. Madrid.—De las manos de dos buenos poetas—Ricardo Gullón, Ildefonso Manolo Gil—, ha saltado al ruedo literario esta nueva revista, vibrante y bien orientada. He aquí su contenido: Benjamín Jarnés, «Ejercicios»; P. Pérez Clotet, «Poemas»; Ricardo Gullón, «Fin de semana»; Gerardo Diego, «Charada»; Enrique Azcoaga, «Espada de luz» (fragmentos de un ensayo sobre Juan Ramón Jiménez); Ildefonso Manolo Gil, «Poemas»; Rafael de Urbano, «Redención»; Francisco Javier Ciria, «Guitarra» (dibujo); R. G., Notas. Índice de revistas.

ISLA. Cádiz.—El viento poético de Andalucía, nos trae el cuaderno 4 de *Isla*. Lo abre Vicente Aleixandre, a quien—es grato recordarlo—concedióse el primer premio en el concurso nacional de Poesía. Subrayamos vivamente: «Poemas», del mentor de la revista, Pedro Pérez Clotet; «Canción con estrambote tonto», por T. Seral y Casas; «Chopo» y «Eco»,

por Ricardo Gullón; «Otoño en Sudeste», por Raimundo de los Reyes; «Romance vulgar, sin nombre», por Vicente Carrasco... Prosa: Enrique Azcoaga publica unos «Guijos» muy sagaces y certeros; Rafael de Urbano, «La buena sombra» y una nota bien documentada —atinadísima— en torno a «Trasluz»; Ramón Sijé, un singular ensayo sobre «El héroe como concepto». En homenaje a Collantes de Terán—hurtado para siempre a la Poesía, en cálida gloria de juventud—, insértanse unos versos inéditos del poeta sevillano: «Tonada del anillo» y «La niña bonita». Al final, una mirada atenta, afilada, al vuelo de las revistas de esta hora.

NORESTE. Zaragoza.—En nuestras manos, el cuarto cartel lírico. Editor ahora, junto a Seral y Casas, Raimundo Gaspar, *Noreste* nos brinda, con el puro fervor a que nos tiene acostumbrados, originales de interés: José Berruezo, «El trasnocho de La Choya»; P. Pérez Clotet, «Naturaleza viva»; R. de Urbano, «Guitarra»; Maruja Falena, «Rumbos»; P. M. Ximénez de Urrea, «Villancico»; R. Gaspar, «Laboreo»; Enrique Azcoaga, «Asteriscos»; Avelino Sevilla, «Natura fecunda». Libros. Revistas. Hondero en acción.

ECO. Madrid.—En su quinta salida, inserta, entre otros originales, éstos cuajados de acierto: «Jirones de la vida literaria mundial», por R. Vázquez Zamora—inteligente director de la revista—y «Flechas sobre Valera», por Francisco Valdés. Respuesta de Ledesma Miranda a unas preguntas de *Eco*. Profusión de notas sobre libros y revistas.

LOS CUATRO VIENTOS. Madrid.—En su tercer cuaderno: «Profunda vida», de Vicente Aleixandre; «Quien más ve, quien más oye, menos dura», de José Bergamín; «Por qué se supo», de Lino Novás Calvo; «Vida, pasión y muerte del folletín», de Miguel Pérez Ferrero; «Varios poemas», de Jorge Guillén. Federico García Lorca da «El público», y recordamos sus palabras a José S. Serna en una entrevista aparecida en el «Heraldo» madrileño: «*El público* no se ha estrenado ni ha de estrenarse nunca, porque... no se puede estrenar».

ALFIL. Valencia.—Andrés Ochando—fuerte espíritu manchego, ahilado en claridades de Levante—anima esta revista, cuyo primer número ofrece, junto a la prosa de Gil-Albert —«Viernes Santo y Fiesta de Primavera»—y del propio Ochando—«La Mancha. Esclavitud y Tierra», versos de Alejandro Gros, Rafael Duyos, Ramón Más y Ros. Con buida atención, se estudia el movimiento literario. Diversas secciones—alguna, descuidada—añaden amenidad a las nojas de *Alfil*.

FRENTE LITERARIO. Madrid.—Da, en su segundo número, interesantes trabajos de Burgos Lecea, Urbano, Arconada, Sánchez-Trincado, Olivares Figueroa, Jarnés, Azcoaga, Angulo, Alcaide, etc. ¡Verticismo! La Verdad, la Belleza, el Bien, ni divorciados ni en mezcla, sino convergentes en un punto ideal, es el criterio estético de su animador, Burgos Lecea. La falta de espacio ahoga nuestra apostilla a estas hojas, oreadas por fuertes vientos de originalidad y rebeldía.

LES NOUVELLES LITTÉRAIRES. París.—*Cosas de España*.—En el número del 3 de marzo, Marcel Brion comenta la actualidad literaria extranjera. Hay una inteligente nota al «Almanaque» de «Cruz y Raya». Oponiendo al europeísmo de Ortega y su «Revista de Occidente» un españolismo acendrado, Bergamín, en «Cruz y Raya», «ha marcado una voluntad de retorno hacia las tradiciones castellanas en el pensamiento religioso, en el filosófico y en el estético».—Un reportaje de León Kochnitzky sobre la ciudad de Cuzco, de buena escuela colorista; pero con sagacidad para notar el contraste del Perú—pasado inca y español—y las otras Américas, del sur y del norte, improvisadas, sin estilo.

SUMARIO

- Matías Gotor: *Oda a las madres jóvenes*
Félix Urabayen: *Un pueblo y un milagro*
Eleazar Huerta: *La Mancha*
P. Pérez Clotet: *A la sombra de mi vida*
Rafael de Urbano: *Viñetas*
Agustín Sandoval: *Poemas*
T. Seral y Casas: *Cármina*
R. Olivares Figueroa: *Romance de la ciudad fingida*
José S. Serna: *Pasión y poesía de Baudelaire*
Lucio Ballesteros Jaime: *Cartel de prosas cálidas*
Maruja Falena: *Quiero...*
Enrique Azcoaga: *Poema*
Juan Alcaide Sánchez: *Dibujos*
José Luis Sánchez-Trincado: *Narciso, padre*
Escaparate literario: Libros, Revistas

ágora

revista de ensayos

LA EDITAN

Gabriel Arcos, José Gómez R. de Vera, Matías Gotor, Eleazar Huerta, José M. Requena, J. Prat García y José S. Serna.

Cuatro números al año - Seis suplementos

Número suelto: 2 ptas.

Suscripción anual: 7 —

*Diríjase la correspondencia a José S. Serna, Pasaje de
Lodares, 3, Albacete.*